

Las palabras en el fluir de la vida

Norma Sturniolo

La reciente aparición de la tercera edición, actualizada y ampliada, del *Diccionario de Uso del Español* de María Moliner¹ –publicado por la editorial Gredos, al igual que las dos ediciones anteriores– es una excelente noticia. A quienes acostumbramos visitar ese rico universo de palabras palpitantes que nos legó la inolvidable autora zaragozana nos alegra saber que su obra se pone al día y sigue creciendo. Eso indica que es un diccionario vivo porque, como expresó hace unos años en frase apodíctica el lexicógrafo Manuel Seco, prologuista de esta nueva edición, un diccionario que no se renueva está condenado a la muerte. El *Diccionario de Uso del Español* nació con vocación de estar inmerso en el fluir de la vida y por tanto de renovarse con el transcurso del tiempo.

En la presentación de esta tercera edición el ministro de cultura, César Antonio Molina, además de confesar que ha sido y sigue siendo un asiduo lector del *Diccionario de Uso del español* lo calificó como *la gran novela de las palabras*. La sugestiva metáfora empleada por César Antonio Molina trae a la memoria los textos de dos magníficos escritores que cuando hablan de un diccionario de uso lo hacen de una forma novelesca y resaltan la vida de las palabras contenidas en ese tipo de diccionario.

La novela de las palabras

Los dos novelistas a los que me refiero son Gabriel García Márquez y Gonzalo Torrente Ballester. Ambos conjugan lirismo

María Moliner: *Diccionario de Uso del Español*, Ed. Gredos, Madrid, 2007.

y humor en sus acercamientos a un tema lexicográfico. Gabriel García Márquez², admirador declarado del trabajo y la persona de María Moliner, para referirse a los diccionarios relata una anécdota con la eficacia de un fabulador. Como en un cuento, narra una visita al zoológico que él hizo cuando tenía cinco años. Su abuelo desconocía la diferencia entre un camello y un dromedario y cuando regresaron del paseo fue a buscar el significado en el único libro que tenía en su oficina que era un gran diccionario. Su confianza en el diccionario era absoluta por eso utilizó un recurso literario muy del gusto del autor de *Cien Años de Soledad*: la hipérbole. Le dijo a su nieto que ese libro no solo lo sabía todo, sino que era el único que nunca se equivocaba. Ese diccionario a punto de desencuadernarse tenía en el lomo un Atlas enorme en cuyos hombros se asentaba la bóveda del universo y el novelista reproduce las palabras que dice haber escuchado a su abuelo en referencia a ese Atlas: «Esto quiere decir –dijo mi abuelo– que los diccionarios tienen que sostener el mundo».

El artículo de García Márquez también es muy instructivo para los adultos –profesores, padres– que desean que el niño consulte el diccionario. El Nobel colombiano deja claro que el diccionario debe estar cerca del niño pero no se le debe imponer su uso para que su consulta se transforme en un acto lúdico. Afirma que él siempre vio al diccionario como un juguete para toda la vida. Ilustrativo es al respecto la búsqueda exhaustiva que realiza de la palabra amarillo a partir del momento en que descubre que estaba descrita muy brevemente como del color del limón. «Quedé en las tinieblas pues en las Américas el limón es de color verde. El desconcierto aumentó cuando leí en el *Romancero Gitano* de Federico García Lorca estos versos inolvidables: «En la mitad del camino / cortó limones redondos / y los fue tirando al agua / hasta que la puso de oro.» Con los años el diccionario de la Real Academia –aunque mantuvo la referencia al limón– hizo el remiendo correspondiente: del color del oro. Solo a los veintitantos años, cuando fui a Europa, descubrí, que allí, en efecto los limones son amarillos. Pero entonces había hecho un fascinante rastreo del

² Gabriel García Márquez, prólogo al *Diccionario de uso del español actual*, «Clave», editorial SM, Madrid 2002, pp IX-XI (primera edición, 1997).

tercer color del espectro solar a través de otros diccionarios del presente y del pasado. El *Larousse* y el *Vox* –como el de la Academia de 1780– se sirvieron también de las referencias del limón y del oro, pero sólo María Moliner hizo en 1976 la precisión implícita de que el color amarillo no es el de todo el limón sino solo el de su cáscara».

García Márquez nos relata la novela de la palabra amarillo yendo a buscar su significado en diccionarios de otros siglos como el *Diccionario de Autoridades*, de 1726, en el que encuentra un candor lírico –opinión que compartimos– ya que se describe al amarillo como el color que imita el del oro cuando es subido, y a la flor de la retama cuando es bajo y amortiguado. Pero aún más inspiración encuentra en el diccionario de 1611 de don Sebastián de Covarrubias, que dice del amarillo que entre los colores se tiene por la más infelice, por ser la de la muerte y de la larga y peligrosa enfermedad, y la color de los enamorados.

De ese largo itinerario alrededor de una palabra saca la conclusión de que los diccionarios antiguos intentaban atrapar una dimensión de las palabras que era esencial para el buen escribir: su significado subjetivo. Entre otras cosas añade: «Para resolver estos problemas de la poesía, por supuesto, no existen diccionarios pero deberían existir. Creo que doña María Moliner, la inolvidable, lo tuvo muy en cuenta cuando se hizo una promesa con muy pocos precedentes: escribir sola, en su casa, con su propia mano, el diccionario de uso del español».

Don Gonzalo Torrente Ballester, el gran escritor gallego, autor, entre otros libros, de la novela experimental *La saga fuga de JB* y de ese ensayo rebotante de lucidez, inteligencia y creatividad *El Quijote como juego* recuerda a un personaje de novela aficionado a las palabras, a Belarmino de la novela *Belarmino y Apolonio* de Ramón Pérez de Ayala. El personaje de Pérez de Ayala tenía una forma muy curiosa de trabajar para su diccionario de palabras. Buceaba en el diccionario para escoger las palabras que a él le sonaban bien y una vez elegidas les daba un significado nuevo, un concepto y así creaba un lenguaje filosófico singular.

«Las palabras –decía Gonzalo Torrente Ballester– son seres vivos cuyo interior respeta el tiempo o lo modifica. A veces para que una palabra cambie tanto que no se entienda lo que quiere